

Rugendas, el solitario

ENRIQUE LAFOURCADE*

*Je suis le Ténébreux, — le Veuf, — l'Inconsolé,
Le Prince d'Aquitaine à la Tour abolie:
Ma seule Etoile est morte, — et mon luth constellé
Porte le Soleil noir de la Mélancolie.*

(Gérard de Nerval)

Sin consuelo, melancólico, viviendo en cualquier territorio con tal que sea fuera del mundo, admirando las bellas, las maravillosas nubes, Rugendas, como Nerval son aprendices de la vida, profesionales de la desdicha. "El Desdichado" se titula el soneto de Nerval, del que reproducimos aquí su primera estrofa a modo de pórtico, título que obtiene de Walter Scott. Pero, vamos lentamente.

EL BARON DE MUNCHHAUSEN

Había una vez, en Río de Janeiro, y desempeñándose como cónsul general de Rusia, un barón, Jorge Enrique de Langsdorff. Era hombre de mundo y tenía la confianza del propio zar Alejandro I, del que había sido consejero de Estado, aventurero pintoresco, con ínfulas de científico, participó en una expedición a los montes Urales. Tenía estudios de medicina y ciencias

*Escrito en su estilo ágil y ameno, Enrique Lafourcade incluyó este ensayo como presentación del *Album de amor de Carmen Arriagada* que reeditó en muy limitada cantidad de ejemplares, de los cuales quedan poquísimos en poder de coleccionistas. Esta reproducción ha sido posible gracias a la colaboración de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, guardadora de uno de los escasos ejemplares de lujo, y autorizada por el autor.

naturales en Gottinga, coleccionaba mariposas. Por ahí figura el género de las Langsdorffias, su tarjeta de inmortalidad dentro de las ciencias.

Langsdorff en Río se aburría. Decidió organizar una gran expedición con astrónomos, botánicos, zoólogos. Era la primera mitad del siglo XIX, y los viajes constituían un llamado a la aventura y al conocimiento del mundo, lo insólito, el exotismo en movimiento y, acaso, la fortuna, la gloria.

A través de contactos, Langsdorff se entera de la existencia de Juan Mauricio Rugendas, joven talento que a la fecha vive en París. Es oriundo de Augsburgo. Sus raíces se remontan a Cataluña. Los Rugendas, desde tiempos renacentistas, están dedicados a la orfebrería, el dibujo, la pintura. Hay un Nicolás de Rugendas (1585-1658) célebre por sus trabajos de arte en relojes. Por generaciones se transmiten sus habilidades. De la orfebrería y las destrezas manuales y mecánicas, pasan lentamente a las artes gráficas y por último a la pintura. Nicolás Jorge Felipe Rugendas (1660-1742) ya está pintando animales y cuadros de batallas. Otro Jorge Felipe a secas (1666-1741) es pintor, grabador, editor de obras de arte, discípulo de Juan Manuel Hoffman; un tercer Jorge Felipe (1701-1774), pintor grabador en cobre, autor de magníficas reproducciones de Guido Reni, Rivera, Le Brun. Juan Lorenzo (1730-1799), pintor, grabador, editor de libros de arte y finalmente Juan Lorenzo II (1775-1826), pintor, comerciante en cuadros, profesor y director de la Academia de Augsburgo, y padre de Juan Mauricio Rugendas.

No había dudas de que ciertos genes andaban en esta sangre.

Langsdorff lo invita a participar en la expedición. Cuando Rugendas acepta, un amigo le pregunta: —¿Le han nombrado a usted emperador del Brasil?

Era difícil entender para un parisién, hacia 1820, el que un joven apuesto, con talento, viajara al Brasil, a menos que le hubieran ofrecido algo así como la corona imperial. Esas tierras eran Las Indias, la Ultima Thule, algo más lejano aun que “los persas” o la China. Malaria, fiebre amarilla, salvajes caníbales, mosquitos, reducidos de cabezas, víboras.

Las Indias eran, también, los trópicos tristes y alegres, capaces de embrujar a ciertos hombres hipersensibles, en apariencia débiles y exangües. Cuando ve la entrada monumental de Río, con toda la parafernalia de bosques, montañas, islas y playas, ya lista para ser la más famosa tarjeta postal del mundo, sabe que se trata de otra geografía, otro universo. Un escritor judío alemán que concluiría trágicamente sus días en ese país, muchos años después, describe estas visiones: “Los viajeros, antes de ver nada, sienten la proximidad de la tierra, la respiran en el aire más suave y más dulce donde flota el sombrío perfume, surgido de las profundidades de



Retrato de una dama chilena.

la selva, trayendo el aliento húmedo de las plantas y las flores, ese aroma indescrptible de los trópicos, pesado y fermentado, que arrastra al mismo tiempo la ebriedad y la fatiga". Es Stefan Zweig quien dice esto. Acaso Rugendas, un siglo antes, acodado en la barandilla del barco, sintió algo semejante.

Langsdorff mantenía en su casa en Río un centro de vida intelectual y social, pero era un hombre difícil, excéntrico, absurdo. Y, ¿por qué no reconocerlo?, vagamente poético. La expedición concluyó sus aprestos y se puso en marcha con el barón a la cabeza, jefe de fantasía, que con sus excesos de toda suerte, alborotaba muy en especial en ceremonias oficiales y solemnes. Con él iban el botánico Friedrich von Martius y el zoólogo Johan Baptist von Spix. Se proyectaba preparar un atlas brasileño en el cual los dibujos y pinturas de Rugendas tendrían vital importancia. Langsdorff se creía un nuevo Humboldt, y la expedición que comenzó a internarse por el país era recibida con toda suerte de actos y homenajes.

EL CASO DE LA LEVITA DE ORO

Avanzando por un río, al tocar una playa, llegó una comitiva de indios *apiacas* a recibirlos. Los jefes lucían sus mejores galas de mando, entre las que destacaban viejas guerreras militares, tricornios desplumados y medias de grueso algodón, rotas en la planta, para que pudieran emerger los pies desnudos. Apenas los vio Langsdorff, decidió en el acto vestir su gran uniforme de gala, con espadín al cinto, tricornio con plumas de garza blanca, todas sus condecoraciones al pecho y su levita de cónsul bordada de torchas de oro y plata.

Cuando emergió de la cubierta del barco, los indios casi se murieron de emoción. Brillaba como un dios. Hablaba una lengua misteriosa. Comenzaron a acercarse. Una india joven, semidesnuda, por medio de un intérprete, preguntó *si ése era un traje o la propia piel de Langsdorff*, pues creían más bien lo último. El barón, transportado de felicidad, "incapaz de resistir a los caprichos del bello sexo, civilizado o no", se sacó su frac colocándoselo a la india. Esta lo lució muy gravemente entre sus asombrados amigos y parientes y, luego, echó a correr selva adentro seguida por toda la tribu que daba alaridos y gritos. ¡Y por el barón Langsdorff, naturalmente! Este, en mangas de camisa, poseído de una cólera santa, espadín en mano, dispuesto a masacrar a esos ladrones.

Rugendas no pintó ni dibujó esta escena (hasta donde sabemos). Fue una lástima. En ella advertimos algo que se asemeja a la clave, a la explicación de su vida.

Y si la traemos a cuento es porque significa, la escena toda, ni más ni menos que el romanticismo, por lo menos, el peculiar romanticismo americano, indiano, licor sagrado de alta graduación alcohólica, muy popular en la primera mitad del siglo XIX, y del que nuestro pintor bebería inmoderadamente hasta la intoxicación.

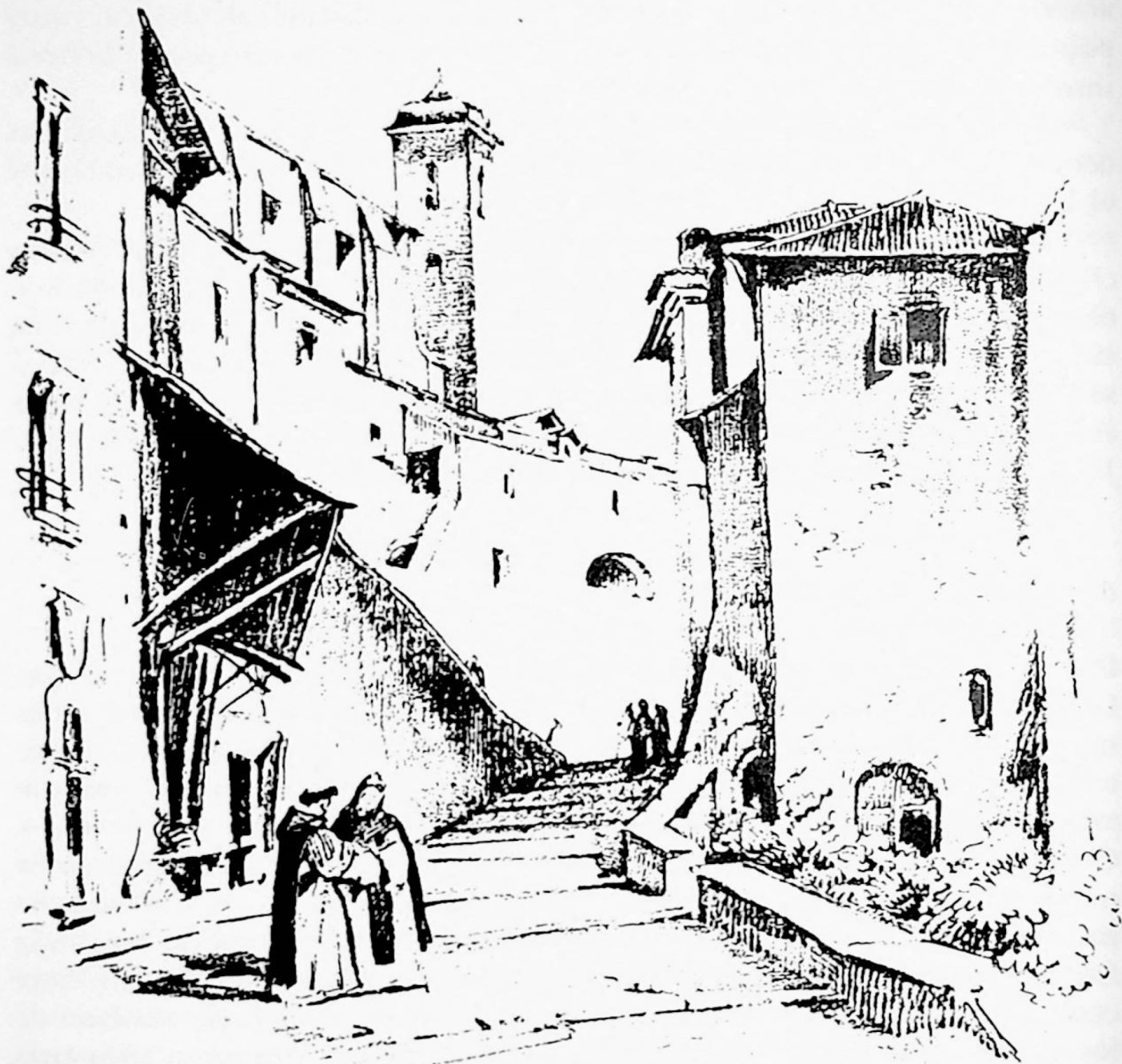
La india escapando con el frac del cónsul, la música metálica de las condecoraciones que chocaban en la carrera, las risas y gritos de los indios, y el barón sanguíneo, desmelenado y furibundo, tras ellos...

Cuando dos mundos de signo opuesto se enfrentan, por lo menos saltan chispas. Cuando dos territorios más que físicos, formados por una honda y oscura substancia aceitosa, esencial, de orden metafísica, se observan cara a cara, cuando América y Europa, cuando pirámides, partenones y catedrales se ven de bruces frente a teocallis y ciudades sagradas, cuando el maíz enfrenta al trigo, la miel a la caña de azúcar y al chocolate, el arco a la viga, Jesucristo a los terribles dioses agrícolas y guerreros...

EL ARTISTA ADOLESCENTE

Diecinueve años tiene Rugendas cuando llega al Brasil. El contrato con Langsdorff representa una solución económica: recibirá mil francos anuales más todos los gastos de viajes y mantención. El barón, por su parte, conservará como parte de su patrimonio todos los dibujos y pinturas que produzca. ¡Viajes! Desde el siglo XVI las Indias llaman como las sirenas a Odiseo. Constituyen un modo seguro de universalización, de reemplazo de mitos pobres por otros suntuosos. Es la gran enciclopedia viva del conocimiento. Partir. "Volveré con miembros de acero, la piel oscura, la mirada furiosa. Por mi rostro se me juzgará de una raza fuerte. Tendré oro. Seré ocioso y brutal. Las mujeres aman a estos feroces inválidos que vuelven de los países calientes...". Es Rimbaud, el niño-poeta, cincuenta años más tarde, quien escribirá estas palabras.

Por los salones europeos circula el barón Alexander von Humboldt, contando sus peripecias en Centroamérica. El joven Charles Darwin prepara sus equipos para embarcarse en la "Beagle" y dar la vuelta al mundo. María Dundas desposa al capitán Graham de la "Doris", fragata de Su Majestad británica, ignorando que el destino le tiene preparada una residencia en Chile. Ackermann edita "Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo", con aguatinas de Emeric Essex Vidal. Lord Cochrane asalta fortines españoles, captura barcos, va de Chile a Brasil, de Brasil a Inglaterra; por sus hazañas recupera su rango, y reinicia la carrera en la



Apunte de viaje. Fue incluido en el "Album de amor" de Carmen Arriagada.

marina de Su Majestad, que le habían interrumpido cuando le sorprendieron en especulaciones financieras propalando el rumor de la muerte de Napoleón. Llegará a Primer Lord del Almirantazgo. ¡Viajes! Lord Byron anda por Italia con su caravana de carretas que le transportan su equipaje, sus queridas, sus libros y su cama de caoba. Shelley le espera. Byron va a morir en Misolonghi, luchando por la libertad de Grecia (en realidad lo mató la fiebre amarilla).

Circula otra, azul, ya iniciada a fines del siglo XVIII por el joven Goethe-Werther: el romanticismo. ¿Es una cierta época de la vida y la cultura de Occidente? O, por el contrario, ¿representa una constante histórica? ¿Una de las dimensiones secretas de la lucha entre el alma apolínea y la dionisiaca?

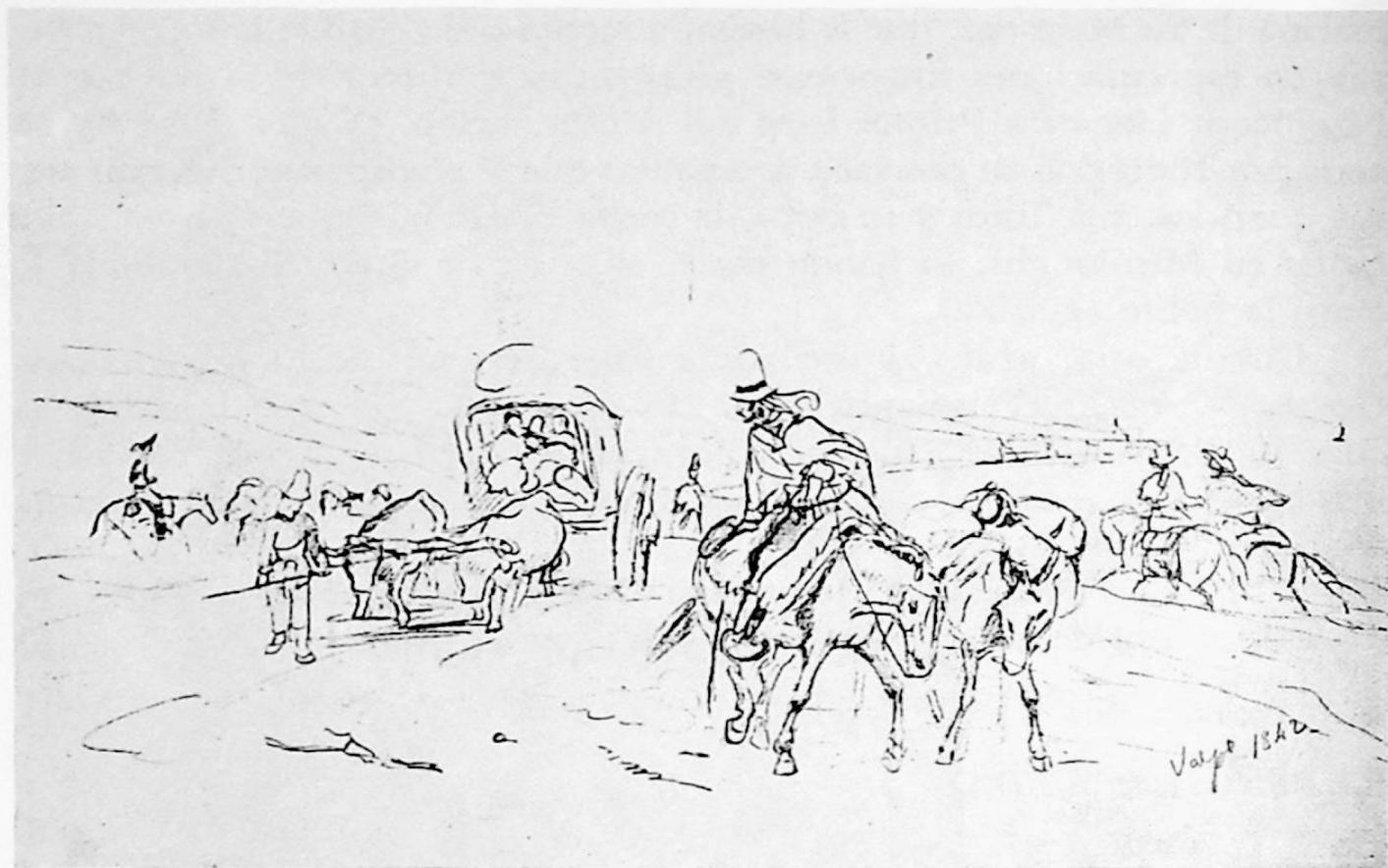
¿Quién era Rugendas para escapar a este aire voluptuoso, perverso, decadente, antideportivo, aunque terriblemente joven?

LA PENOSA REALIDAD

¡No! ¡Langsdorff no era Humboldt! ¡Un vividor eutrapélico antes que un grave científico!, que va a la selva como a un paseo campestre, con su corte de siervos, y algunas prostitutas alemanas que le sirven de azafatas. La expedición es un buen pretexto para divertirse en grande. El historiador erudito Alfredo de Carvalho refiere: "Luego, a la salida de la expedición de Puerto Feliz, en Sao Paulo, ocurrió un episodio escandaloso en el cual figuró como protagonista principal el propio Langsdorff: acompañado hasta el puerto por la mejor gente de la localidad y esperado a la orilla del Tiete por el vicario, que avanzó vestido de ceremonia, ante la expedición compuesta de 32 canoas y botes, insistió aquél en llevar consigo, ostensiblemente, a una moza alemana de costumbres más que ligeras, haciéndola embarcar antes que todos en un bote en que flameaba la bandera imperial de Rusia".

Rugendas vio venir el desastre y abandonó a tiempo el trabajo. Langsdorff lo sobrepasaba. Era un pecador, alguien que parecía amar en exceso la existencia. Y el joven Mauricio, por el contrario, la observaba de lado, con un gesto de aburrimiento aristocrático. Según todos los testimonios —se incluyen sus autorretratos— Rugendas tuvo una extraña "presencia" que consistía justamente en "no estar", en algo evanescente, como si acabara de partir. ¿Era el halo?, ¿ese melancólico resplandor de los elegidos?

Mientras, los indios *apiacas* ya habían edificado un adoratorio con troncos de caoba y hojas de palma en el corazón de la selva, para su nueva reina, la india vestida con el frac diplomático de Langsdorff (lo imagina-



Vigoroso boceto "de movimiento" que Rugendas tituló "En la carretera".

mos transmitido de generación en generación como un extraño y áureo dios deshilachado). La expedición era víctima de otros dioses que no la querían. El zoólogo Cristián Hasse cae fulminado, no por una flecha, sino por un lanzazo de Cupido en Puerto Feliz. Se queda allí prometiendo juntarse con los otros, luego. Pero entre serenatas y paseos, y acaso algún beso furtivo como una luciérnaga, algo anda mal, ella no le ama, la familia se opone, en fin, hay que irse. Se suicida.

Un nuevo dibujante y pintor había ocupado el sitio de Rugendas, al dejar éste la expedición y volver a Río de Janeiro: Amado Adriano Taunay. Es posible que muchas tribus de la selva de las Amazonas ya estuvieran tocando tambores llamando a los demonios con humos perfumados. No se explica de otra manera el que junto a los mosquitos, las lluvias, las víboras y toda suerte de alimañas, les sucedieran tantas desgracias. Taunay se ahogó al pasar el río Guapore. El astrónomo ruso Rubzoff (en vano trató de encontrar la luz de una estrella en ese techo de ramas y hojas) fue atacado por la malaria al llegar a Santarem (igual que Langsdorff) y se volvió loco cuando ya estaban a la vista del río Amazonas. De buena se libró Mauricio.

"VOYAGE PITTORESQUE DANS BRESIL"

Cinco años vivió en Brasil. Cada día, armado con sus libretas de dibujo, sus telas, acuarelas y pinturas, recogía ese mundo, sus rasgos fundamentales, las gentes, las costumbres sustantivas. Tenía ojo "con ángel", entrenado para ir directo al núcleo. Parecía como si mirara el exterior por una hendidura, por entre las romanillas de madera, como Proust-Swan el verano de Balbec, espiando la realidad por el ojo de la llave con precisión de telescopio. Las lecciones de su padre pintor conformaron visión y mano. Traía de Europa ciertas maneras, o manierismos, el influjo de su maestro Adams lo hacía elegir enormes perspectivas. Junto a esto, el apunte exacto a tinta, la precisión del detalle que luego incorporará al gran paisaje. Al pintar "contaba".

Pero estos cinco años no fueron tan fáciles. Al abandonar la expedición Langsdorff se había quedado sin recurso alguno. Produce retratos y dibujos que vende entre sus relaciones de Río. Quiere ver el Brasil, ese mundo desconocido que se extiende en abanico ante sus ojos. Organiza con sus últimos fondos un viaje al interior con guías, sirvientes, negros y provisiones. Iba a la aventura. Langsdorff no le había cumplido nada de lo pactado en materia económica. Este viaje dura casi un año, cruzando ríos gigantescos que arrastraban vacas infladas, ceibos y lampachos como catedrales, aguas prósperas en pirañas, caimanes, anacondas. En sus orillas, palafitos de indios desnudos, calor, humedad, hiedras que crecían a la vista, orquídeas parásitas que cubrían a los moribundos enjoyándolos para el viaje. Por Matto Grosso y Minas Gerais, por Bahía. ¿Cómo sería Bahía en la primera mitad del siglo diecinueve? Negros, mulatas, niños como trozos de hulla que jugaban desnudos en las calles de tierra roja, jugaban a las bolitas con diamantes y esmeraldas. Rugendas dibuja y pinta. Es uno de sus grandes momentos. Joven, casi alegre, la mano suelta y libre.

Regresa a Río con sus carpetas llenas. Es invitado a residir en la casa del barón Marshall, encargado de negocios de Austria. Cien de estos dibujos formarán más tarde su libro "Viaje Pintoresco en el Brasil". Allí está el inventario de trajes, oficios, costumbres, rostros, ejecutado con la minuciosidad de un artesano medieval. Los entierros, las serenatas, la fazenda en acción, la compra-venta de esclavos, las mujeres cocinando, plantas, flores. Es un dibujo rígido, con más precisiones que sugerencias. Mejor. Rugendas está en un país inédito y cuenta sin tregua. Está filmando. No es un dibujante ni un pintor. Tiene unos ojos, unos ojos-manos que son una cámara filmadora. Algo de música ahora, pandeteras, un cuatro, tambores. ¡Acción!



Interesante boceto del más conocido de los cuadros de Rugendas: "El huaso y la lavandera".

EL AMOR DE GENTE JOVEN

Una obra de su "Viagem Pitoresca a través do Brasil" parece resumir este momento. Vamos a contarla. Al caer la tarde, un enamorado salta la reja-balcón del corredor de una casa, tal vez de una casa principal de fazenda. Lo espera su amada. Es el premio por la serenata que acaba de ofrecerle. El lleva una gran melena romántica, sombrero de alta copa. Luce una barbilla plumosa que le afila la cara. Es alto, entallado. La corbata lazo plastrón al cuello, de seda. Igual, la faja que le modela la cintura. Pantalones directorio. Zapatos largos y estrechos, cubiertos con polainas de fino fieltro. Ojos como enormes y oscuras almendras.

Ella viste un audaz traje con escote imperio que deja ver hombros y nacimiento de los pechos. El cabello en crespitos, recogido en lo alto. Un collar de flores a lo Ofelia, sobre la frente. La falda y faldellín de muselinas y encajes, a media pierna. Se transparentan muslos y pantorrillas bien forma-

das, rematando en pies muy pequeños y afilados. La amada alza el índice izquierdo para pedir silencio. Sobre un cojín, una mandolina de largo mango. Y vigilando a la bella, una dueña de oscuros pañolones, que parece indicar el interior, la alcoba perfumada y fresca. Hay viento sobre las palmas reales del fondo. Un guacamayo de larga cola los observa desde un travesaño que atraviesa la veranda.

¡No hay dudas! Es George Sand y Alfred de Musset. Es George Sand y el propio Chopin. Es una película sobre Chopin. Son Cornel Wilde y Merle Oberon.

EL HECHIZO DE LAS INDIAS

Rugendas cae en éste, no sin algunas resistencias. ¿Qué hace él allí, él, un europeo? Desprecia a los ingleses, a quienes ve enteramente dedicados a esquilmar a los nativos. Le choca el desdén aristocrático, el paternalismo y la distancia que éstos tienen hacia las otras razas. Llega a decir que los ingleses carecen de comprensión humana, lo que se evidencia en el modo cómo tratan a los esclavos negros, a los que "oprimen sin piedad, excluyéndolos del bien común".

Menos severo resulta en sus juicios sobre españoles y portugueses, así como sobre la acción de la Iglesia Católica, la cual, por lo menos mediante el bautismo, hace un intento para incorporar a los esclavos negros a la sociedad cristiana.

El tráfico estaba agonizando. Su esplendor se había alcanzado en el siglo XVIII, y con los ingleses a la cabeza. Pero aún se sacaban unos 120.000 negros, encadenándolos y transportándolos como sardinas a América, en viajes en que morían casi una tercera parte. Rugendas no podía sino sentir repugnancia frente a este "negocio". Iban a las "fazendas", donde se incorporaban en parte a su naturaleza original. Pero en las ciudades, integrando el servicio doméstico por techo y comida, vestidos según la fantasía de sus amos. Dice Rugendas: —"Usan libreas de moda que, agregadas a los turbantes y peinados esdrújulos, hacen de ellos verdaderas caricaturas".

LA LLAMADA DE EUROPA

En 1825 Rugendas estaba en Recife. Le informan que el Rey Maximiliano José de Baviera proyecta editar un libro sobre la expedición de Martius y Spix al Brasil, con sus ilustraciones.

Vuelve a Europa de inmediato. Permanece unos días en París. Allí conoce a Alexander von Humboldt. Principio de una amistad para toda la vida. El regreso a su ciudad natal de Augsburgo, a su familia y a sus amigos, es melancólico. Tiene veinticuatro años, pero ya es el viajero, el hombre que vuelve de los países calientes. Su padre ha muerto. Su madre y hermanos dependerán ahora de los dineros que él gane. Con sus carpetas de dibujos y cuadros intenta abrirse paso. Quería editar libros, hacer exposiciones, vender su obra. Consigue muy poco. En París obtiene la edición de "Viaje Pintoresco en el Brasil" (veinte series con cinco hojas de reproducciones cada una, trabajo que empezó recién a publicarse en 1827, y que con altos y bajos concluyó en 1835, con textos en francés y alemán).

Por esa época hace su viaje a Italia. Como los musulmanes a La Meca y los católicos a Belén. Rugendas está traspasado del aire que circula cada vez con más fuerza en Europa. Sombreros de copas altas, corbatas flotantes de color, levitas verdes, grises, azules, tristeza en los ojos. Los jóvenes románticos. El es ya, ¡un romántico! La palabra figura en la obra de Jean Jacob Rousseau ("Les rêveries du promeneur solitaire") identificada con "novelesco" (romantique romanesque). Aunque en Inglaterra y antes que Rousseau, la utiliza Boswell, el Eckermann del Dr. Johnson. Aparece por vez primera en su "Viaje a Córcega".

Revolución francesa, nobleza literata en el exilio, los socialistas utópicos, el huracán napoleónico que cambió reyes por peones en el tablero europeo. El romanticismo "da placer" al hombre. El clasicismo, "castigo didáctico". Es nuestro deber buscar la fiesta perdida, el paraíso perdido. Pero, en medio de la fiesta hallada, sufrir. El dolor elevado a rango estético, a sensación deleitosa. La muerte íntima, al lado. El amor, el placer, el dolor, la muerte. ¡No somos de este mundo! El desdén por la vida práctica (pero está la madre sola, los hermanos), el estado de ensueño diurno, el pasado, único espacio vital digno.

Así es Mauricio cuando marcha a Italia en lentas diligencias. Las viejas ciudades le deslumbran. Florencia, Roma, Nápoles. Sube el Vesubio y trepa más al sur, el Stromboli. Bebe el vino italiano de Pompeya, con sus amigos de ocasión como el poeta Augusto Kopise, el conde Von Platen, Riedel, Fussili. Cientos de museos. La mano se le suelta, se atreve más. Como esos admirables cuatrocentistas que él descubre. Regresará con un poco de esa luz latina. Podrá advertírsela como relámpago en sus nuevas obras.

En París, otra vez, en su cuarto del Barrio Latino que comparte con su amigo Víctor Aimee Huber. Hay que abrirse paso. Un pintor triunfa en París o en ninguna parte. Cada tarde, al taller de Delacroix, en la placita

Furstenberg, a hablar de arte, a ver cuadros, con Gerard, Gros, David, a veces llegan allí Lafayette y Benjamín Constant. Luego, las calles, los cafés. Después, a Londres, a Munich, con su maestro Alberto Adams, con sus compañeros de Academia. Todo anda mal, nada se vende. El rey Maximiliano José ha fallecido y los proyectos que patrocinaba se terminan. Además, está la familia. Ya no es el joven héroe romántico libre como un pájaro de color.

Humboldt le llama. Desea transformarlo en un dibujante técnico. Le pide que vaya de nuevo a las Indias, pero a ciertos lugares, y a dibujar minuciosamente la botánica tropical. Para el científico, la minuciosa trasposición de la realidad le era suficiente. Para el artista esto significaba apenas el comienzo de otros vuelos. Humboldt le aconseja:

“Usted conoce demasiado, mi apreciado Rugendas, el afecto que le tengo y mi siempre creciente admiración por su talento para que pueda temer ser mal interpretado en mis consejos. Me alegro de su resolución de ir a América y creo que por medio de los tipos captados en forma tan sensible por Ud. comenzará una nueva época de la pintura paisajista. Pero su América no debe ser Brasil ni Cumaná, ni el río Magdalena, ni las islas de las Indias Occidentales. Ud. debe ir adonde abunden las palmeras, los helechos arborescentes, los cactus, las montañas nevadas y los volcanes, es decir, a la Cordillera de los Andes misma, desde el grado 10 norte hasta el 15 de latitud sur; en otras palabras, a Quindiu y Tolima, en el camino de Santa Fe a Popayán, o bien a Quito, o aun también a México, al pie del Orizaba, aunque México tiene un carácter demasiado nórdico por sus inevitables robles... Cuídese de las zonas templadas, de Buenos Aires y de Chile, y de los bosques sin volcanes y nieve, del Orinoco y del Amazonas, y hasta de los islotes. Un gran artista como Ud. debe buscar lo grande. Cuídese, ante todo, de lo que lo aparte de este objetivo”.

Curiosa carta. Le señalaba las regiones precisas donde tenía que ir. Le prohibía otras. Chile, entre éstas. Como una pitonisa. La carta es del 13 de marzo de 1830.

LA SEGUNDA SALIDA

Mejora sus armas, agregando a papeles, telas, pinturas, tintas, lápices y caballetes, una cámara fotográfica marca Daguerre-Giroux, con la cual pensaba acelerar sus procesos. Para financiar su equipo consigue que el rey de Prusia le compre cuatro cuadros. Con este dinero se embarca en 1831, en Burdeos. ¿Destino?: Haití. Pero el destino cambia de viento y va a recalar en México.

El antiguo virreinato de la Nueva España era una caótica república, llena de querellas regionales, con caciques y señores de la guerra en cada provincia, donde aún luchaban Jesucristo contra Quetzalcoatl y Satanás-Marte contra Huitzilopochtli. Se sucedían los líderes: Bustamante contra Guerrero, Santa Anna contra Bustamante, Escalada contra Santa Anna.

Santa Anna, el mismo que encabezó la lucha contra Estados Unidos. Don Antonio López de Santa Anna, que perdiera un brazo en combate, haciéndolo enterrar con honras fúnebres, a las que obligó a asistir a todo el cuerpo diplomático. Pintoresquismo, violencia, crueldad. Los carnívoros y sanguinarios dioses aztecas seguían sueltos.

Rugendas ubica a algunos alemanes en Veracruz y otros en Ciudad de México, para los que lleva cartas de Humboldt. Así conoce al doctor Shiede, notable botánico, y a Cristián Sartorius, con el cual editará un libro sobre México.

Y se pone al trabajo. Por entre montañas cubiertas de magueyes y cactus candelabros, en burro, merodeando por los centros mineros de Regla y Angangueo, por la hacienda Mirador, por los suburbios de Tacubaya, en casas de amigos, llena sus carpetas de patios con luna, anocheceres, entierros populares, corridas de toros, mercados, monjas. Todo va bien. El joven bávaro hace amigos, sesteaba en hamacas de fibra de coco, escucha las serenatas a medianoche, en los viejos pueblos de piedra, en las sierras, asiste a las procesiones y fiestas; es un Delacroix suelto, aceitoso, rico de colores. A ratos, sus composiciones evocan a David, en su afán hierático de disponer, como en escenografía, sus figuras. En otros, por su perfecta línea dibujística, a un discípulo de David, Dominique Ingres.

Pero el demonio, un Satanás de frac y sombrero de copa, que acompaña a los románticos, le aconseja que esconda en su casa a Miguel Santa María, escritor y joven activista político liberal. Con él, para hacerlo mejor, da asilo a un cierto general Morán. A fin de salvarle de las iras del en ese instante, todopoderoso general Santa Anna. Esto sucede en Jalapa, la ciudad nativa de Santa Anna. Descubierto. Detenido durante dos meses en la cárcel de Acordata. Con buenas posibilidades de ser fusilado. En vez, y gracias a sus amigos, la expulsión del país.

Hay un delicado dibujo de Miguel Santa María leyendo en un sofá, hecho por Mauricio cuando le ocultaba; todo esto huele a aventura, a nobles ideales, a peligro de muerte. Rugendas lo saborea sin asco. Para abandonar México hace jornadas lentísimas, hacia la costa del Pacífico, con el doctor Eduard Karkort, ex coronel de Santa Anna, naturalista aficionado y soldado de fortuna, es decir, sin un diez. Por Toluca hasta Angangueno, donde residen con unos mineros alemanes. Luego a Morelia y después a Zamora,

hacia el lago Chapala. El volcán Colima le tienta, como antes el Vesubio y Stromboli. En ocho días de esfuerzo llega a su cumbre. Finalmente, por la costa, entre bosques de palmeras, monos, orquídeas, cafetales, iguanas, víboras, por San Blas y Manzanillo, bajo cacaos y ceibos, rojos, verdes, ocre, entre lluvias de mariposas amarillo limón, hasta Acapulco. De allí, a Valparaíso. El "fatum" lo lleva de la mano. Lo que le ha pasado, hasta aquí, son apenas los primeros actos de una tristeza por entregas.

LA CIUDAD DEL VIENTO

El 1º de julio de 1834 está bajando en un lanchón desde el buque hacia el muelle. La ciudad no es gran cosa. Caseríos viejos, en el plan, bodegas de madera, y en los cerros, ranchos. Una que otra quinta arbolada por el Almendral, barro, carretas, caballos y burros. Suciedad, pobreza. Pero algo en ella le atrae y vivirá allí muchas veces y regresará a Valparaíso cada vez que pueda. Comparado con los sitios de donde viene, esto es el gris y el negro. Excelente.

Una carta para Javier Bustamante, que en aquellos días acaba de ser nombrado ministro de Guerra del Presidente Prieto, le abre la "haute société" de Santiago. El propio Presidente le extiende una credencial como "topógrafo". Necesitan topógrafos y no pintores. El país está abriéndose, recién comenzaba a nombrársele. Como lo había comprobado nueve años antes la inglesa María Graham, los chilenos no conocían su naturaleza, ni el nombre de sus flores, sus árboles, plantas, piedras, insectos, moluscos, peces, animales, aves... En 1830 el Gobierno contrata al naturalista francés Claudio Gay, nuestro San Juan Bautista, quien, en latín, pone óleo y crisma a la realidad de Chile. Rugendas se hace su amigo. Chile es otro mundo, lo opuesto al polícromo y rítmico Brasil, o al barroco, secreto y violento México. A Santiago se viaja en duros birlochos, con remuda de caballos en el camino, y vueltas y revueltas (28 sólo en Lo Prado) para cruzar los cordones de la Cordillera de la Costa.

El valle, al fondo, contra el muro de montañas heladas (ha llegado en septiembre y sin duda había nieve) es verde. Los huasos parecen pastores de algunas de las doce tribus de Israel, vestidos de cueros, con ponchos de lana virgen, grises, y un sombrero medieval en punta u otro de lana, que semeja un gorro frigio.

En la capital de Chile, multitud de tapadas, como pajaritos negros, como nerviosos tordos, entre sus mantillas y sayas, corren desde sus casas-fortalezas hacia los templos. Las campanas de varias docenas de iglesias, lo único alto en la ciudad, rigen la vida. Ordenan el despertar y el sueño, la risa y llanto. Maitines y angelus, rosarios y oraciones. Las calles con una acequia al medio, entre piedra de huevillo y lajas mal niveladas, son como pasadizos entre muros interminables de adobes. Casi no hay ventanas. Por las acequias corren desperdicios y basuras, excretas, gatos muertos. En la noche la ciudad se ennegrece aún más. Frente a cada portal de granito con las armas de alguna orgullosa tribu pelucona, unos humeantes faroles de sebo. Y en la oscuridad, la voz del "sereno" gritando las horas precedidas de un devoto: "¡Ave María Purísima!", o corriendo tras una comadrona, un sangrador o un sacerdote a requerimiento de algún vecino apurado.

Cuenta Lago: "Reinaba, en general, el orden de una familia numerosa, la disciplina convencional de un gran patriarcado o matriarcado. A las procesiones religiosas asistía, a veces, el Presidente de la República con todo su Gabinete, portando cada ministro un cirio encendido. Había un respeto supersticioso conmovedor con los niños. Así como la Universidad de San Felipe había vendido títulos de doctores a criaturas de pocos años, niños también llevaban el viático sagrado a los moribundos, mientras la gente se arrodillaba a su paso por las calles. A los diez años un descendiente de los Carrera tuvo el grado de coronel del Ejército y era edecán del Presidente".

Tal era el Santiago que miró Rugendas. Los "catimbados" de Corpus Cristi, con caras pintadas de rojo, disfrazados de indios algunos, suerte de mascarada fantástica con cartones, espejos, sedas, espadas, encabezados por un bufón-alcalde, el "matagallinas" vestido de demonio con cuernos, y cola, y látigo. Ocho días después de Corpus Cristi, el Octavario, y luego la siguiente fiesta y la próxima. La iglesia tenía dos por semana. El año se iba entre procesiones y desfiles.

EN TIEMPOS DE DOÑA ISIDORA

Doña Isidora Zegers de Huneeus era madrileña, educada en París, música de gran talento, "el hada madrina de la música nacional, la animadora de la Sociedad Filarmónica" —le dice Eugenio Pereira. Su casa era sitio obligado de todo artista. José Joaquín Vallejo ("Jotabeche") la describe: "Varias noches de tertulia, en un salón confortable, a la vista de la alegre estufa,

sumido hasta los hombros en la blanda poltrona de don Jorge, agotando hasta las heces una taza de té sabrosísimo; admirando más que los cuadros de Rugendas, de Wood y Borget, la belleza de Elisa y sus innumerables hermanos...”.

Arias de Donizetti, sonatas de Beethoven, dúos de Mozart, mucha ópera, conversaciones discretas, risas, pequeñas intrigas, cándidos romances, entre mistelas y alfajores.

Por doña Isidora conoce a Mercedes Marín de Solar y asiste a sus veladas poéticas. Visita la casa abierta del general Gregorio Las Heras y allí encuentra a los emigrados argentinos.

Pero es en los salones de doña Isidora donde le sucede algo que le marcará. Sorbiendo ese té, con dulces, mientras alguien toca y alguien canta y hay humo de buenos habanos en el aire, y las niñas de enormes ojos oscuros, alcoholados, lanzan sus relámpagos como musulmanas, entre Bellini y Mozart, gorditas y arrepolladas, y las doñas vigilan con aires de loros de vieja casta, a sus polluelos. Está Mauricio allí, entre otros jóvenes. Tal vez le acompañen Carlos Bello y Rafael Valdés. Los caballeros hieráticos lanzan volutas. Todo es un poco rígido, formal, y algo falso y caricaturesco. Como para ser pintado. El salón tiene zonas y fronteras, a ratos semeja un cuadro de Delacroix; tal vez hay un estrado con tapices árabes y almohadones de color, y mandolinas. Las luces de temblorosas velas mueven el cuadro. No es Delacroix sino Goya, ahora. Pechugas de paloma, patillas blancas y perfumadas de tribunos, ojazos, bigotazos...

Y entonces —rumor de faldas, fru-fru de sedas en acción—, irrumpe tras la criada, antes que ésta la haga anunciar, doña Carmen.

El largo cuello de ave zancuda, el pecho firme, alzado, que sube y baja, los ojos pequeños, la afilada nariz. Se ven. Ella y Mauricio entrecruzan espadas.

La mira él, dibujándola ya con los ojos, recortándola en esa incierta luz. Ella lo empieza a amar como si le hubieran dicho: ¡Ya!

LOS CINCO DESTERRADOS

Mauricio se hospeda al principio en la Fonda Inglesa de madame Bousquet. Luego, en casa de distintos amigos. En un instante determinado está viviendo en una pieza que le cede Rafael Valdés, cubano, ex marino, músico aficionado, poeta satírico, expulsado del Perú por orden del Presidente Gamarra, y por haber escrito contra Bolívar, cargo este último que él negaba con vehemencia. Será uno de los cinco desterrados. El resto de esta fraterna

pentagonía: Juan Espinoza, coronel anti-Rosista, parlanchín, traductor, que vivía a la espera que don Manuel, el tirano, se derrumbara y le permitiera esto regresar a Argentina. Otro en el mismo caso era Juan Gualberto Godoy, mendocino, productor de versos de crítica social, imitador de Quevedo, de familia de viñateros, que vendía sus versos a los gauchos para que los cantaran. Al igual que Espinoza, Godoy hubo de salir huyendo perseguido por los esbirros del tirano. El cuarto era Domingo de Oro, ex secretario del general Alvear. Colaboró con Rosas y ahora, contra éste. Todos eran vagamente poetas, espíritus exquisitos, seres incomprensidos y destinados a las cosas superiores. Estamos en un curioso instante de Chile. Por la frontera no cesan de ir y venir, cruzando los Andes, ilustres argentinos. Sarmiento, varias veces, Vicente López, Bartolomé Mitre, Alberdi. Este flujo tendrá importancia en el desarrollo cultural de este país. El huracán Sarmiento será el único capaz de enfrentar al venezolano Andrés Bello y del choque brotarán ideas fecundas.

Los tres argentinos y el cubano, amigos de Rugendas, no llegarán a ser ni intelectuales eminentes ni figuras políticas descollantes. Pero en el cuarto de Valdés, donde se juntaban a fumar cigarros, a tomar té, y a discutir sobre cosas "profundas" hasta el amanecer, se veían a sí mismos, en ese entonces, como inminentes grandes hombres del espíritu. Dios, la muerte, la música, el amor, la poesía, la vida, ¿qué es la vida? Antes que la Sociedad Literaria fuera fundada, el cuarto de Valdés era un hervidero de versos y prosas.

A los cinco los unía una común suerte de desencanto melancólico y elegante. Eran demasiado "especiales" para esta tierra vulgar. En algún momento Domingo de Oro propone un suicidio ritual, colectivo y simultáneo, hecho en el mismo día y hora, y cuando Espinoza estaba en Arequipa, Valdés en Copiapó, Rugendas en Valparaíso y Oro en Santiago. Exquisitas provocaciones. La vida terminaría por amansarlos.

Rugendas no sólo habla. Más bien escucha y observa. Y dibuja, dibuja sin tregua. Fija primero la tipología esencial, los oficios, los hombres que pululan por las calles, carreteros, topeadores, el arribano, el lacho, el arriero, el aguatero, el que vende la carne y el que vende el pan; después describe paseos familiares, los mismos que antes contaran María Graham o Lafond du Lurcy. Sale de Santiago, recorre pueblos, visita fundos, y va fijando imágenes. Como Gay antes con sus latines ("te nombro para que comiences a existir"), Rugendas lo hace con trazos y colores ("te imagino, fijo tu imagen para que dures y seas").

Fue en ese cuarto malamente amoblado, que le cedió Valdés, donde Rugendas debe de haber tomado en brazos, por vez primera, a Carmen Arriagada. Hay una carta de doña Isidora Zegers a Juan Espinoza: "Querido amigo: tenga Ud. la bondad de hacer entrega al portador de un lavabo y cuatro sillas de madera negra que han quedado en el cuarto de Rugendas; me son preciosos, y por eso los reclama su verdadera amiga de Ud.". El cuartito azul desolado, frío, para calmar a la afiebrada mujer.

¿Quién era doña Carmen? ¿Cómo era?

De origen hidalgo campesino. De padre, afirma Vicuña Mackenna, que parecía una "especie de don García del Castañar, rico, fastuoso, dueño de considerables tierras y ganados en Chillán". Lo llamaban como a un caudillo mexicano cualquiera el "Siete Pistolas", por la cantidad de armas que solía acarrear consigo.

Podemos soñar a Carmen como de mediana estatura, cabellos oscuros, ojos de esos que los poetas llaman "pensativos", frente bombé, nariz delgada, de leve caballete, más bien recta, algo respingona y de aletas palpitantes, labios no excesivamente gruesos, boca pequeña. Para una época en que "se usaba" la patricia de inflados pechos, estrangulada por el corsé, con caderas anchas y redondas, y piernas cortas y acaso gruesas, doña Carmen rompía el modelo. Era delicada, femenina, de proporciones reducidas, como una miniatura, con algo de adolescente. Agnóstica, volteriana, con una cultura insólita para una mujer de su tiempo en Chile, leía en francés e italiano a poetas y filósofos. "—¿Por qué aborrece a Walter Scott y prefiere a Byron?; no es justo en eso" —le reprochaba a Rugendas.

Tiene que haberlo visto desde el principio como a Ivanhoe, al fondo del salón de doña Isidora, con su armadura deslumbrante. Para que el cuadro romántico estuviese absolutamente completo, ella era casada con otro alemán, Eduardo Guticke, ex soldado que había combatido contra Napoleón y huido de Europa a las Indias tras matar en duelo a un oficial. Luchó en las guerras independentistas bajo las órdenes de San Martín, recibiendo como condecoración un balazo en una cadera que le dejó cojo para siempre. Era mayor que doña Carmen, alto, delgado, huraño, silencioso.

No tenían hijos. Vivían en Talca, aunque Guticke hacía frecuentes viajes por las provincias empenándose en desastrosos negocios que iban reduciendo peligrosamente la cuantiosa dote que doña Carmen había aportado. El esposo sólo se animaba con otros alemanes, en especial algún *kriegscamarad* (camarada de armas) con quien gustaba de cantar himnos militares y beber. Algo andaba mal en ese matrimonio. El no estaba nunca

en casa. Ella, leía y soñaba. En una carta a Rugendas le dirá luego que: “a nadie le ha contado nunca los secretos increíbles de su vida conyugal”.

Tres horas está doña Carmen en la tertulia de doña Isidora. Y le bastan para concertar una cita en el cuartito azul del pintor. Rugendas casi se muere de miedo. Jamás pensó algo así. Aterrado, pretexto que él, al saber que era casada, juró respetarla. Que se imaginó jurando ante la tumba de su madre que no la tocaría. Es ella la ofendida. ¿Qué se imaginaba? ¿Cómo podía interpretar así su impulso? A punto de caer el uno en brazos del otro... herida, sintiéndose rechazada. Una ofensa de esas que las mujeres no perdonan. Pero, era cuestión de tiempo. Vuelve a Talca, y empiezan de inmediato un va y ven de encendidas epístolas, que tomarán todos los tonos, desde el encendido, el tierno, el íntimo, el pasional, el celoso, el de amante-madre, el de amante-hija, el de amiga, el de hermana. Hasta el fin de sus días, Rugendas vivirá esperando la carta de su amada Carmen. Quince años de correspondencia como no hay otra en Chile. Sólo comparable a las cartas de Gabriela Mistral recientemente dadas a luz.

Doña Carmen sabe: no puede abandonar a su esposo, el coronel inválido; no puede divorciarse en Chile; Rugendas no le ha pedido que se case con él; no puede engañar a su esposo en Talca, donde todo el pueblo la vigila. A correr entonces a Santiago, en carricoche, nerviosa, asustada, ebria de amor, a la cita. Es Emma Bovary. *Sólo para ti puede ser mi amor... llámame como quieras... mi amante... ¿quieres decirme Carmela? ¿Por qué no te he conocido mucho antes, para entregarte toda mi vida, y sólo te vi más tarde cuando ya no podía ser tuya? Algo indispensable para vivir me falta, cuando siendo que tú no estás a mi lado... Mi dulce bien... ¿recuerdas cuando yo dormía en tus brazos?... Preferiría morir antes que perderte...*

Se aman. Y de verdad. Voltaire derrota a Walter Scott en esta elección. *Mi moro... mi morito... tu mora... tu china... a veces recuerdo cuando sentada en tus rodillas yo sentía cómo tus manos recorrían mi cuerpo.* Y vienen detalles que habrían matado de rubor a una niña de ese tiempo. La boca del pintor, el calor de sus besos a través de su pecho, *el divino placer* que ambos comparten. Esta expresión, de George Sand por supuesto, nos ayuda a entender la naturaleza de estos amores. Romanticismo, sí, pero al modo de la Sand, sin asco a los placeres humanos y divinos, al encuentro y comunión física con el ser amado. Erotismo, por otra parte, desconocido en un Chile púdico, recatado hasta la hipocresía, donde los beatos maridos morían sin haber visto jamás el cuerpo desnudo de sus esposas. Y Chile con grandes lechos conyugales que tenían en el medio una barrera de madera que se alzaba solemne para el acto sexual, al que acudía la esposa como “uno de sus deberes”, y que ambos cumplían rezando piadosos:

*No es por vicio
ni por fornicio
Sino para darte hijos
Para tu santo ejercicio.*

EL MARIDO COMPLACIENTE

No hay indicios que indiquen que el coronel Herr Eduardo Guticke se inquietara demasiado por los muchos y súbitos viajes de doña Carmen a Santiago, o de las crecientes visitas de Mauricio a Talca. En algunos instantes Guticke debe haber perdido las rígidas formas del soldado y tiene que haberle dicho samba canuta a su mujer. Ella lo cuenta, en una carta, vagamente: *Fui hija muy querida, y en mi familia no recibí sino finuras y delicadezas, para tener que sufrir ahora las ofensas de un caballo.*

Rugendas ama, pero trabaja fuerte. Necesita producir dinero y enviárselo a su madre y hermanos. A principios de 1835 sufre de una enfermedad a los ojos, una retinitis aguda, acaso, que le mantuvo inmovilizado, impidiéndole ver nada, y con dolores muy intensos. Tenía el proyecto de viajar al sur, al "país de los araucanos". Cuando estaba reponiéndose de esta afección a la vista, un terremoto asoló desde Chillán a Arauco. Recién en septiembre pudo iniciar su viaje deteniéndose en chacras y fundos, en compañía de un hijo del general Lastra. Se detuvo en Linares, en la casa del fundo del coronel Guticke. Es decir, fue a ver a su amada. Luego, para calmar sus tristezas, subió otro volcán (extraña costumbre), el Antuco. Desde esas cumbres nevadas, entre pehuenes, vio a los primeros araucanos. Luego, Concepción y Arauco. Sin parar su trabajo, llenando carpetas de dibujos y apuntes. Se ganó a los indios, viviendo con ellos, compartiendo sus alimentos en medio de los míseros ranchos. Anduvo por Tucapel y Villarrica y se hizo buen amigo de un cacique que gustaba mucho de posar para él. Hay un dibujo que muestra el instante en que el general Bulnes y el gran jefe de los mapuches se estrechan la mano, en uno de los intentos de pacificación de la Araucanía.

En enero de 1836 estaba regresando. Se encuentra en la hacienda Viluco, próxima a Santiago, con su amigo Juan Espinoza. Luego, se aloja en casa de doña Isidora de Huneeus. Domingo de Oro está desterrado en Alhué. El Presidente Prieto, cumpliendo una solicitud de Rosas, lo confina allí como presunto conspirador. La fraternidad de amigos románticos comienza a quebrarse. Cada uno tiene ya sus propios problemas.

El de Rugendas es Carmen.

Las cartas perfumadas, las esquelas y misivas, con violetas y pétalos de rosa, circulan entre Santiago y Talca. Se llaman *Blanca Luna* y *Santos Gutiérrez*, y mientras el inválido y anciano coronel Guticke sigue en sus desastrosos negocios vendiendo tierras, animales, cosechas, malbaratando el patrimonio de su esposa, en Linares o Cauquenes, Rugendas aprovecha cada ausencia para correr a Talca. Aunque la malediscencia provinciana ya esté en acción. Demasiadas visitas del joven pintor en ausencia del marido. ¿Hay como equivocarse?

Talca era una pequeña ciudad, casi un pueblo, pero con muchísimas ínfulas. Hasta hoy. Las viejas familias solían celebrar saraos, fiestas patrióticas y todas las fechas religiosas. Antúnez, Vargas, Letelier, De la Cruz, los médicos Moeller y Duffy. La banda militar tocaba marchas en la plaza poniendo en "circulación" a las jóvenes casaderas que a la salida de la misa daban vueltas y vueltas. Eran palomitas provincianas, tórtolas de ojos ralampagueantes, llamando y rechazando, en el juego del amor, a gallitos de la pasión, pisaverdes dueños de fundo, patilludos viñateros. Talca sentía orgullo de su sangre vasca y su pura raza blanca. Las niñas cuidaban sus manos, el cuello y el escote.

Según una dama de compañía de doña Carmen, Rosa Navarro, las veladas de los amantes eran plácidas y dulces. Doña Carmen leía de sobremesa un libro, en alta voz. Mauricio escuchaba, dibujando. La estancia tenía por única luz un velón de sebo. Mauricio untaba el pulgar en esta materia para iluminar sus bocetos. Afuera, el silencio, las ranas, la luna. Como dos esposos.

LA DAMA DE LA CHINCHILLA

Doña Carmen aparecía en el salón acariciando una chinchilla. Desde el jardín gritaban los chorlitos, jilgueros, canarios, las catitas australianas. Y por sus amplias faldas, olizqueando y gruñendo, sus tres perros, el "Chaco", el "Moro" y la "Mela". Este último, un chihuahua pequeñísimo y flaco, que ella mimaba tanto como a su chinchilla. Al morir la "Mela", Carmen lloró sin consuelo. Tanto y tan bien, que sus amigos, los doctores Moeller y Parot, vagamente enamorados de ella, le embalsamaron el chihuahua. Tenía también gatos y un monito tití, traído de Guayaquil.

Miremos con cuidado. El gran comedor de la casa tiene candelabros ya encendidos. El coronel cojea, rezongando. En el salón, hay visitas. Un brasero encendido. Llueve. Se beben mistelas y arropes. De pronto, hace su entrada doña Carmen, de terciopelo verde oscuro, moño alto, cuello "Leo-

nardesco", y en los brazos, envuelta en sus manos blancas y suaves, la sedosa chinchilla.

Pero Rugendas está inquieto. Quiere ver otros mundos. En casa de doña Isidora conoce a Auguste Borget, pintor francés, amigo de Balzac, quien le habla con entusiasmo de Argentina. Otro pintor alemán, procedente de Lima, Roberto Krausse, le confirma lo dicho por Borget. Es con Krausse que emprenderá este viaje. Es ya el año de 1837, el tiempo está pasando, y él sigue en Chile, sigue con sus citas de amor, sin un lugar en la tierra que sea suyo, con una mujer que es de otro.

En diciembre de ese año, con Krausse justamente, salen de Santiago hacia Los Andes. El Año Nuevo de 1838 los encuentra en el Refugio de Guardia Vieja. El 3 de enero, en Las Cuevas. El 4, en Punta de Vacas. El 5, en Puente del Inca. En cada sitio, pinturas, dibujos, escenas de campamentos entre rocas, de arrieros, de montañas gigantescas. Dice Lago: "La mayoría de la labor realizada durante esta travesía se desconoce, pues sus obras fueron vendidas en Europa en exposiciones realizadas en París, Kassel y Berlín. Sólo quedaron en Chile los dibujos obsequiados a doña Carmen Arriagada".

Bajando la cordillera hacia la pampa, ve los primeros gauchos. Un alto en Mendoza y luego hacia San Luis. Una tempestad de langostas, un temporal bíblico, hace a Mauricio separarse de la caravana. Luego, una tormenta con rayos y truenos espanta al caballo. Rugendas queda colgando de un estribo y es arrastrado por entre las piedras.

Al día siguiente le encuentran casi muerto. En San Luis primero, y en Mendoza luego, se repone lentamente. Conmoción cerebral, parálisis de medio cuerpo, y en la frente una gran herida cuya cicatriz ya no le abandonará nunca más, agregada a un tic de los ojos. Hay que volver.

Y regresa. A Talca, naturalmente. La Dama de la Chinchilla está que se muere de angustia. Ella le va a cuidar como nadie. Semiparalizado, sin dinero que enviarle a su lejana familia en Augsburgo, en los brazos de Carmen que jamás será suya... Estaba tan deprimido que pensó en suicidarse. Ella le tomaba las manos. ¡Sí, morirían juntos! ¡Ella, la Dama de la Chinchilla, caería sobre su cuerpo, como Julieta sobre Romeo!

OTRO AMOR IMPOSIBLE

¡Qué cosa más dulce para una mujer enamorada que cuidar a su amado! Mauricio sale lentamente de sus males físicos y psicológicos. En diciembre de 1838 debe estar de nuevo en Santiago, pues Carmen le escribe: *no tengo tiempo*

de expresar las muchas sensaciones que gozo en una bella noche de verano, cuando el silencio es tan grande que uno puede percibir el ruido que hacen las plantas al desarrollarse. Tiene fecha 10 de diciembre. Hay fiestas religiosas en la ciudad. Pero la noche le pertenece a ella y a su Mauro, lejano y próximo. El jazmín echa demasiado perfume, la diamela está floreciendo. La Cruz del Sur anda arriba y el Centauro con su Alfa y Beta *estrellas mías...* Cielo que tantas veces hemos observado juntos... ¿Enamorada? ¿Quién no sabría reconocer estos síntomas?

Rugendas sufre de escrúpulos morales. No está bien engañar a otro hombre. Y menos a un amigo. Y mucho menos, a un compatriota. Carmela le escribe sin cesar. Está enferma, sufre crueles jaquecas. No puede comer. ¿No podría Mauricio ir a verla? Y si no puede, ella viajará, enferma y todo pero, ¿cuándo?, ¿dónde?

Hacia 1839 Rugendas estaba más confuso que nunca. ¿Partir con Carmela a Europa? ¿Abandonando al viejo coronel inválido? Pero, ¿qué porvenir podía ofrecerle? Escasamente ganaba el mínimo para enviarle a su familia. Se mataba pintando y dibujando. Tenía ya docenas de amigos que le encargaban trabajos: los hermanos Peña, Sorrondo, Bombal, Zuloaga, Martín Zapata, el doctor Azcuénaga, el general Garmendia. En Valparaíso: Juan Smith, Carlos Wood, el general Brown, Beyerbach, Berkemeyer. Y la familia Alvarez Condarco, de la que había sido huésped durante algún tiempo. Y donde estaba Clarita. Era joven, bella, inocente. Soltera. De padres ricos. Y no fue indiferente al delicado Mauricio, ya casi calvo, con su cicatriz en la cara, y su expresión de dolor en los ojos azules.

Le da a entender a Carmen lo que le pasa. Esta cae enferma de inmediato, días de días sin comer ni dormir. Fatiga tras fatiga.

Tenía una aliada: la familia Alvarez Condarco, que no podía ni imaginar el que su dulce hija fuese a casarse con un pintor bohemio, enfermizo, sin dinero, y que le excedía tanto en edad. Mauricio y Clarita se citaban en secreto, hasta alarmar a los padres, que rechazaron de plano los proyectos de Rugendas. Lo menos que le dijo el padre fue: *atrevido y paralítico*.

Antes de esta escena, Mauricio ha escrito a Carmen "pidiéndole su opinión". ¿La respuesta? Una serena carta de hermana, sensata. Sufre horrores. Está herida, vejada. Pero Mauricio le pide consejo. Y sabe que perderá la partida, que jamás los padres de Clarita, que si por lo menos fuera un noble alemán, o tuviera algún dinero... Todas las voluptuosidades del amor-dolor pasan por su espíritu durante este tiempo. Rugendas aún cree que es posible convencer a Clarita. Ella es muy rica. Tendrán una casa, un hogar. Podrá trabajar en paz, sin las urgencias económicas. Tal vez lleguen

hijos. Tendrá algo que pueda llamar como suyo, está cansado del clendestijnaje y la soledad.

A principios de 1842 Juan Mauricio viaja al sur. Va otra vez al encuentro de su Carmen. Pero lentamente. Se detiene en las casas de fundos de sus amigos. Un mes más. Aún no llega. Carmen está en la ventana. Cada caballo que entra al pueblo... Irritada. El mono y la chinchilla pagan. ¿Viene? ¿Llegará algún día?

Clarita tiene otro pretendiente que la familia aprueba. Mauricio cree en el amor. No cuenta con el hecho de que en Chile, hacia 1842, los matrimonios los hacían los padres. El 19 de noviembre su virginal y dulce Clara le escribe una cortés carta de adiós. Diez días más tarde, Mauricio se embarca al Perú.

EL DESDICHADO

Lima, Arequipa. Se hunde en el trabajo. Hay que olvidar. Obtiene una renta mensual del Gobierno para pintar una galería de ex Presidentes y se vincula con interesantes familias peruanas y extranjeras. En Lima está su viejo y compañero de la fraternidad romántica, Juan Godoy. Se hace amigo de Rafael Pantanelli, director de orquesta, quien con su esposa, Clorinda Corradi (contralto), y la soprano Teresa Rossi, acompañados de tenores y bajos, hacía una gira exitosa por el Pacífico interpretando óperas. Con la bella Teresa tiene algo parecido a un encandilamiento y se escribirán tiernas cartas. Los italianos siguen hacia Valparaíso y Santiago. Tal vez Teresa llegue a cantar en Talca. En julio de 1844 sale de Lima en expedición hacia las sierras y altiplanos.

Carmen va con él. No le abandona su recuerdo. *Me tiene inquieto y preocupado la estrechez del tiempo, así, no pienso en otra cosa, caminando, en cómo economizar para estar con Ud. Me late el corazón de placer al pensar que me veré en un mes con mi querida amiga Carmencita. El descanso en Talca es el premio que espero después de tantos trabajos.*

Y eso, porque Carmen le llama, "ven" y le dice que se está muriendo sin él. *Tenga paciencia... Abreme sus brazos amigos...*

En enero de 1845 está de regreso en Valparaíso.

LA GEORGE SAND TALQUINA

Si Carmen hubiese escrito novelas en vez de vivirlas. Es una feminista. Debe estar entre las primeras en Chile. El 17 de septiembre de 1843 protesta en

"El Mercurio" de Valparaíso porque el intendente de Talca no es "un hombre de progreso". Defiende el derecho de la mujer para educarse igual que el hombre. Pide que le enseñen a leer y a escribir a las mujeres. Estas demandas producen escándalo en su tiempo. Y en las querellas literarias, cuando Bello y Sarmiento quiebran lanzas, ella está de parte de los argentinos. *El romanticismo, con todos sus defectos, me cuenta entre sus partidarios*, —explica. Abomina de las tiranías, defiende a Bilbao, excomulgado por la Iglesia. Odia a los mercachifles ingleses. Es audaz en sus opiniones. Dice del almirante Blanco Encalada, cuando éste visita Talca: "Ha llegado Blanco, más tonto que nunca". A Bulnes lo describe como un "soldado absoluto e ignorante".

No era una mujer corriente.

Pero Mauricio, su *Moro*, se iba, se estaba yendo de a poco. Se le escapa en sus cartas cada vez más corteses, dulces y tiernas pero con el afecto de un hermano hacia su hermana.

La última entrevista debió de haber sido apacible. Talca, mes de febrero. Las viñas más verdes que nunca. Las uvas engordando y azucarándose. Cada uno sabía, ya. Manos en las manos, ojos en los ojos, sin lágrimas innecesarias. *¿Me vas a escribir? ¡Siempre!*

En la casa los álbumes de doña Carmen, los álbumes de ese amor sin futuro, las frases, los pequeños dibujos, las florecillas. Ya no lo vería más.

LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO

Hacia Europa, vía Cabo de Hornos. En Montevideo y Buenos Aires en 1845, donde alcanza a conocer el salón literario de Mariquita Sánchez de Mendeville y al poeta Esteban Echeverría, otra alma hermana. *Se quedó muy calladito* —cuenta doña Mariquita, de esta entrevista. Echeverría, el autor de "El Matadero" y de "La Cautiva", tenía un prestigio parisién, socialista utópico, de luchador anti-rosista, con su cabeza puesta a precio. Abulia, melancolía, misterio, peligro. Rugendas pinta y dibuja. Su obra argentina es interesantísima, aunque mucho más pequeña que la que hizo en Chile. Sarmiento, su gran admirador, dirá de él: "Rugendas es un historiador más que un paisajista; sus cuadros son documentos en los que se revelan las transformaciones, imperceptibles para otro que él, que la raza española ha experimentado en América...". Y agrega después: "Aleman cosmopolita, es por la candorosa poesía de su carácter, argentino y gaucho".

Candor por candor. El mismo Sarmiento, el 28 de noviembre de 1849,

le escribirá a París, diciéndole: "Ayúdeme, pues, a salir de la oscuridad americana". Cosa que Rugendas no pudo hacer.

El viaje sigue hacia Brasil. Encuentra a viejos amigos, como Hércules Florence, el segundo dibujante de la expedición Langsdorff, y a Félix Emile Taunay, el hermano de Amado Adriano, el que se ahogó en el río; Taunay es vizconde. Tutor y maestro del joven Emperador Pedro II. Rugendas da un vistazo a esa corte. Realiza diversos retratos. Un dibujo al infante don Alfonso le vale la Orden de la Cruz del Sur.

Un día, paseando por el Jardín Botánico, encuentra a Domingo Faustino Sarmiento, que hace un alto allí, de regreso de Europa, a donde el Gobierno chileno le ha enviado a estudiar los modernos métodos de alfabetización. Fue en Brasil donde Mauricio le regaló a Sarmiento el paisaje sobre el sitio de Montevideo. En 1849, el literato gaucho, otra vez en el exilio, vivía en un cuarto en el pasaje Sierra Bella, actual Fernández Concha, en Ahumada con Compañía. Y en sitio de honor, la obra de Rugendas.

Mauricio baja en Pernambuco. Su última tierra indiana. En 1847 está desembarcando en Falmouth, Inglaterra.

TODO HA CAMBIADO

De Londres a París. Hay una antigua descripción de él hecha por Max Radiguet en Lima, dos años antes: "Tenía amplia frente despejada y prominente, surcada sobre las cejas por una ancha cicatriz que le daba carácter marcial, aumentada por la contracción casi constante de los músculos de la cara. Tenía una mirada espiritual y levemente irónica, era esbelto aunque un poco encorvado, como las personas que viven sobre un caballo y se le hubiera tomado, a primera vista, por un oficial de caballería antes que por un artista".

Tenía cuarenta y cinco años. El 11 de mayo visita a Delacroix: *Chez moi Rugendas avec ses portefeuilles que j'ai vu avec plaisir, mais avec encore plus de fatigue* —explica Delacroix en su "Diario".

El interés que suscita este aparecido no dura mucho. Quería publicar libros, exponer sus cuadros. Corre a Baviera a ver al rey poeta Luis I. Traía para él una carta de presentación de Von Arnim. Este, medio senil, lleno de problemas políticos a causa de sus amores con Lola Montes, con la que bailaba sus últimos fandangos, ordena la compra de todas sus pinturas y dibujos hechos en América, en total: 2.928 hojas y telas.

A su ciudad natal, a ver a su familia. No es famoso, ni rico. Trae las marcas del exilio. La moda pictórica ha cambiado, triunfa la alegoría de los

“calígrafos”, como Cornelius, Stieler y otros semejantes. Su madre había muerto en 1853. Su salud andaba mal. Humboldt, a quien ve, le obtiene del Rey de Prusia la condecoración del Aguila Roja. Pero las deudas crecían. En 1855 ve impresa la primera parte de su libro sobre México, con textos de Sartorius. Todo va demasiado lentamente. Es otro mundo. Padres, parientes, amigos, faltaban allí.

Residía en Munich cuando encuentra a Bettina. Se llamaba en realidad María Sigl, hija de unos industriales textiles. Ella estaba fascinada con el pintor, con su leyenda. Era, de nuevo, Clara, el verdadero amor, la tentación del hogar, los hijos, las anclas para este barco corroído por la sal de todos los mares. Juan Mauricio no está seguro, María es demasiado joven, su salud, ella aspira a “la suprema felicidad”, y a él le duele el pecho, los huesos. En diciembre de 1857 intenta liberar a María del compromiso matrimonial. Ella no lo entiende. Reacciona como mujer, acelerando la boda; a principios de 1858 le escribe: “Dios esté con nosotros; es este primer saludo en el año de gracia de 1858. Me has prometido que se cumplirá en él la plenitud de nuestro amor y la suprema felicidad...”.

Se casan a comienzos de mayo, cuando florece Europa. Y el día 29 de ese mes, Juan Mauricio, el solitario, cuando la vida nueva parece empezar, cuando las cigüeñas están volviendo, se toma el corazón con las dos manos. Se le ha detenido. Lo tenía lleno de trizaduras.

LA DAMA Y SU CREPUSCULO

¿Y qué fue de doña Carmen? En su Talca natal, en el sur del mundo, rodeada de sus plantas, flores, animalitos, hojeando los álbumes de amor que le dejara Juan Mauricio, esperando sus cartas, apresurándose a responderlas. Se escribieron siempre. En Chile triunfaba Monvoisin. Carmen había enviudado, por fin, y aún era joven. Sin duda una carta suya, o más de una, llegó a Weilheim, a la bella casa bávara de los Sigl. Y otra viuda, María, observó los sobres, el sello de correos, olfateó un leve perfume y ordenó al cartero que la devolviera a su remitente, esa tal Carmen Arriagada viuda de Guticke.

Tomás Lago, uno de los biógrafos de Rugendas, cuenta haber ido a Talca rastreando las huellas de doña Carmen. La casa en que habitó no existe. En algunas familias había álbumes y dibujos y aun muebles que le habían pertenecido. Por un azar encontró, ya de muchos años, a Rosa Navarro, la empleada que cuidó a misiá Carmen en su última época.

La Dama de la Chinchilla no heredó gran fortuna a la muerte del

anciano coronel Guticke. Pero algo le dejó su esposo, dinero que comenzó a prestar a troche y moche a sus amistades. Se arruinó muy pronto. Se fue a vivir de "allegada" en casa de una señora Garcés, que la cuidó hasta el fin.

—*No había nadie como ella. Fue tan señora siempre, tan fina*, recuerda Rosa Navarro. —*Había que servirle el desayuno en la cama, en una bandeja muy arreglada, como a una verdadera señora, con fiambres y frutas, a más del chocolate. Estaba acostumbrada...*

La fiel criada recuerda cómo una noche de luna misiá Carmen tuvo una aparición, vio a través de las ramas del jardín al Señor, que la llamaba. La señorita Rebeca Alvarez Garcés, en carta a Luis Alvarez Urquieta, afirma que doña Carmen: "Poseía una escogida biblioteca que, al convertirse ella, después de su viudez, la hizo quemar por consejo de su confesor".

Dios le prodigó días para seguir amando a su gran Juan Mauricio, ya ido de la vida, enterrado en algún cementerio rural de Baviera (nunca se ha encontrado su tumba). Doña Carmen, fina como una hostia, la cabeza cubierta con una capota de encajes blancos, acariciando distraída a su viejo gato romano, solía abrir sus álbumes de amor.

Vivió hasta los noventa y dos años. Murió el 16 de junio de 1900, ya empezando el nuevo siglo. Otro mundo, otro tiempo, otra historia.